

# ABC DE SEVILLA

26/02/2022

TRIBUNA ABIERTA

Antonio Narbona

## *Identidad*

*Recopilar voces singulares, tarea de adultos, no tiene tope alguno, y sí el atractivo (una especie de “valor” añadido) de creerse en posesión de algo exclusivo, único*

EN el espacio de Radio Andalucía Información en que, cada dos sábados, me ocupo de los usos idiomáticos de los andaluces, una oyente me planteó esta pregunta: “¿qué consejo me daría para hablar bien sin perder mi identidad cordobesa?”

¡*Identidad!* Pocas palabras más usadas, cuando se acerca el 28 de febrero, en los discursos de los políticos y medios de comunicación. Hace trece años coordiné *La identidad lingüística de Andalucía*, un volumen de 400 páginas en que colaboraron cinco buenos conocedores de las hablas andaluzas. Para no alimentar falsas expectativas, abrí mi *Introducción* con “La imposible definición de *identidad*”.

A quien me hacía la consulta le dije que el buen hablar no está asociado a su Córdoba, ni a ninguna de las doce ciudades de igual nombre que hay en el mundo hispanohablante, algunas -como las de Colombia o Argentina- con una población muy superior a la española. En su dicción no advertí ningún rasgo específicamente “cordobés”, ni siquiera abría las vocales finales de los plurales (*paquetE*), como sucede en todo el oriente andaluz. Y fuera de la pronunciación, ninguna expresión o giro particular “delataba” su pertenencia inequívoca a su ciudad (¿o se querría referir a la provincia?).

Me quedé con las ganas de hacerle otra pregunta: ¿a qué se debe su interés en mantener (no perder) lo que considera –no lo es- particular o peculiar? No creo que haya más contestación que la subyacente en el conocido dicho “A nadie [...], ni sus hijos le parecen feos”. Pero el argumento mostrenco de que “lo mío es lo mejor, por ser mío”, llevado hasta sus últimas consecuencias, podría conducir a que la “intacta” identidad lingüística de un cordobés acabaría dificultando su

entendimiento, no sólo con un palentino, canario o peruano, sino también con un onubense o almeriense.

Sí, estoy exagerando, pero la pasión por lo (que se cree) exclusivo no decae. En el mismo programa de radio, alguien de Villanueva de Córdoba quería saber algo más de dos expresiones “que no había oído fuera de su pueblo”: *estar al cascaborro y guarda roá*. Gracias a que en 1988 el autor de un *Vocabulario de Los Pedroches* me pidió escribiera una breve “Presentación”, conocía la primera (‘exponerse al sol sin protección alguna en la cabeza’), si bien *cascaborro* –con dos o- se usa en otros sitios para referirse a una especie de “gazpacho”. Pero la segunda me dejó “descolocado”, y mi saber filológico sólo me permitió vislumbrar que nada tiene que ver con *rural*, como él creía, sino, quizás, con [la vigilancia del] *rodal* ‘recinto cerrado de plantas o animales’. En mi infancia oía diariamente *ruiya* [<*rodilla*] ‘trapo para limpieza’, pero ¿cómo explicar el paso contrario, *ru[r]a[l]* > *ro[r]á[l]*? Es verdad que nada es sencillo. Según R. Morillo, el nombre de otro pueblo cordobés, *Encinas Reales*, nada tiene que ver con la *realeza*, sino con la *raleza*, ya que las encinas gueron siendo cada vez más *ralas* (con palatalización de la vocal final: [ralE]), es decir, “escasas”.

Un vecino de San Roque (Cádiz) confesó su sorpresa al descubrir que también en otros pueblos y provincias se podía “escuchar” *julandrón* ‘pillín, travieso’ o ‘torpe, chapucero’ (en el *Diccionario* académico ‘hombre homosexual’); a otro, igualmente extrañado al oír decir a su madre *fililí*, cuyo significado (‘delicado, enclenque, débil’) ignoraba, le pedí que observara si también seguía empleando *argofifa* y *argofifá* -*aljofifa* y *aljofifar*-, otro arabismo antes habitual en Andalucía; etc.

Pero vayamos a lo que de verdad importa. Siempre ha sido una afición infantil coleccionar “cromos”, sin más objetivo que completar el álbum. Recopilar voces singulares es, en cambio una inclinación o gusto de los adultos, no tiene tope alguno, y sí el atractivo (una especie de “valor” añadido) de estar en posesión de algo exclusivo, si es posible único. Lo que pasa es que su cotización en la bolsa del intercambio comunicativo no es equiparable a la de las piezas reunidas en los museos. Al contrario, el “tesoro” de la competencia de un hablante no se asienta en las expresiones desconocidas por (los) otros, sino en las compartidas con los demás. No somos más “ricos” por disponer de voces que únicamente se oyen en “nuestra” región, comarca o localidad, sino por dominar un caudal léxico común cada vez más amplio y de forma más precisa. Lo peculiar –sobre todo si es o se cree “propio”- despierta siempre la curiosidad, pero no se traduce en una acentuación de la interacción social que marca nuestra convivencia y nuestra capacidad de comprender y transformar la

realidad. Cuanto más reducido sea el radio de “acción” de un vocablo, menos posibilidades tiene de desempeñar un papel relevante en la *comun-icación*. Además, al usuario no le vale todo, sino que procede a una constante labor de filtro y criba, ya que ningún interés tiene en “identificarse” con *ehthiera* (*tijeras*) o *entavía* (*todavía*), por más que las oiga –cada vez menos- en su terruño.

**Antonio Narbona** es Catedrático Emérito de la Universidad de Sevilla